

Lo bueno lo malo y lo feo de ser antioqueño

Un ensayo de **La Hoja** diez años

Lo que se publica en las páginas que aquí comienzan, molesta. Tanto como cuando te dicen que has engordado, ¿yo?, y lo niegas ante la evidencia la dolorosa mirada al espejo que te devuelve la imagen que no quieres ver.

Sabemos –en *La Hoja* sabemos– que este examen autocrítico, que no se ha hecho jamás en esta región, nos merecerá puntillas de los antioqueños ancestrales, los raizales, que jamás se han planteado siquiera la posibilidad de que exista algo malo en esta comarca. ¿Y feo?, muchísimo menos algo feo. Siempre han (hemos) creído que llegamos al mundo con la ventaja de ser antioqueño, para no usar el detestable vocablo antioqueñidad, y nunca hemos querido mirar al espejo que nos devuelve los horrores que también somos.

Porque lo somos. Y no por dejar de decirlo dejaremos de tener malas maneras y feos comportamientos, como sucede con todos los lugares y personas del mundo. Al lado de las bondades, que las hay, viven también nuestras atrocidades.

Lo que publicamos son tres textos salidos del debate que *La Hoja* propuso como uno de los eventos de su Octava Fiesta, celebrada el pasado 01 de diciembre en el Museo de Antioquia. Tres testimonios de tres personajes a quienes invitamos a este desnudamiento privado y público y aceptaron provistos de sentido del humor y de una valiente capacidad de análisis para que de aquella jornada quedaran unas sonrisas y una reflexión.

Sabemos –en *La Hoja* sabemos– que abordar temas como este es lo que esperan de nosotros los lectores, nuestros lectores. Y también sabemos que es un deber profesional ser el espejo de la sociedad para reflejar lo buenos y lo bonitos que nos sentimos. Y también lo malos y lo feos que somos.



¿Quién tiene una piedra grande para que la tire primero?

Lo Bueno

Por Nicanor Restrepo Santamaría

Tan bueno que este recinto que tantos años fuera el Concejo de Medellín, sea parte hoy del museo donde podemos mantener, conservar y mostrar lo mejor de la historia del arte de esta región. Pero que además sea un museo vivo como es este que hoy nos recibe, que no es algo para que se espanten los niños porque están en él las cosas de los viejos, sino que los niños y los viejos podemos estar en él compartiendo en el día de hoy lo que es el goce del alma que es lo que aquí se alberga.

Para mí una de las cosas que son más importantes en el ser antioqueño, que creo es de lo bueno que tenemos, es que somos inmensamente montañeros en el más literal de los sentidos. Las raíces nuestras están vigentes y lo peor, o lo mejor diría yo, es que es incurable esta sensación, este estado. Nosotros hemos llegado inclusive a la exaltación de ese espíritu montañero, del cual no nos podemos avergonzar, por el contrario, repito es para mí de lo más positivo, hasta llevarlo a símbolos como nuestro famoso collar de arepas, que tiene la ventaja que aparte de lo ridículo se puede comer.

No me cabe duda que esta raíz montañera, el orgullo de ser montañero, en el más hondo sentido de esta palabra, es ser mañé, es ser ridículo, creo que es algo de lo mejor que todavía tenemos porque es lo que preserva esa identidad de la cual todos nos sentimos orgullosos.

En otras palabras, todos los antioqueños no hemos renunciado ninguno a esas raíces profundas, por eso se nos asoma a todos el poncho y la ruana en algún momento y eso lo afirmamos además con nuestros actos.

Ese orgullo de montañeros se afirma en el lenguaje. El nuestro, naturalmente como todos los lenguajes no es invariable, es dinámico, le pasa lo mismo que a las corbatas, que cuando están muy arrugadas o descoloridas hay que cambiarlas. Por supuesto el lenguaje nuestro es dinámico y hay palabras nuevas que lo han enriquecido muchísimo. La generación mía por ejemplo disfrutó toda esa gran influencia del lunfardo que por fortuna todavía se conserva. Entenderse hoy con un muchacho de cualquiera de los barrios populares o incluso con los hijos nuestros resulta casi que muy difícil, a veces incomprensible, o sea que el lenguaje es cambiante, pero nadie nos puede

arrebatar palabras que tienen un sentido fundamentalmente regional, onomatopéyico, de la manera como uno puede expresarse así. ¿Quién le puede quitar a un antioqueño la expresión de la máquina de retratar, el campo de aviación, el encavador? Nadie. ¿Quién le puede arrebatar a un antioqueño la expresión del foco y la canilla que además, fuera de nosotros nadie comprende? De manera que creo que gracias a Dios, en ese trasegar de la antioqueñidad, el lenguaje reafirma esa condición que tenemos, elemental y montañera. Que el antioqueño es franco, que somos directos, sin duda. El lenguaje de los antioqueños, heredado de los españoles por la colonización, ha sido arreglado y criado acá, ese lenguaje fuerte se ha modernizado, se ha mejorado como siempre ocurre con la historia del hombre.

A mí no me cabe duda que tiene mucha más fuerza hoy decirle a alguien que es *intenso* que lo que decíamos en mi generación *cansón*, porque intenso cubre todos los órdenes, es absoluto, de manera que el nuestro es un lenguaje dinámico como todos.

Otra característica de los antioqueños es la capacidad “casi” completa de reciclar y olvidar los nombres en dos generaciones y la esperanza de repetirlos después. Como toda esa generación de Eufrasios, Eusebios, Clodomiros,



Nicanores, que fundamentalmente está ahora en proceso de desaparición y algunos se conservan con muchas dificultades... Todos aquellos otros nombres propios de varones terminados en ano, como Agustiniانو, Feliciano, Justiniano, Marceliano, y se me olvidaba uno muy importante entre los anos...

Coroliano... y en apodos hasta llegar al banano que también están saliendo de exportación.

Obviamente un número de mujeres importantes en la antioqueñidad se ha nutrido de las Encarnaciones, las Filomenas, las Eugenias, las Eleuterias, las Orfas y las Cruzanas, que por fortuna también tuvieron la capacidad de sobrevivir a esos nombres, que es de las cosas buenas de Antioquia, y luego reciclarlos y olvidarlos. Pero yo diría que lo más importante no es que eso haya ocurrido, sino que todos tenemos que hacer un digno esfuerzo porque siga ocurriendo. Digamos, dentro de dos generaciones se puedan también reciclar y olvidar todos los Iusneivi o Usnavy como les dicen por ahí y todos los de la familia de las Harley Davison como Arley, Erley, Erney, Farley, Ferney.

De femeninos los de la familia de Lady Di, como Milady, Mileidy, las Ninijohanas y toda esa pléyade... Y creo que lo importante es que los antioqueños hemos demostrado históricamente que podemos olvidar o sobrevivir a nombres como esos.

Para mí otro elemento que es constituyente del orgullo de los antioqueños y de los pueblos, es nuestra gastronomía pero venía diciendo que mucho menos que su riqueza y variedad, es la verdadera capacidad que tenemos los antioqueños de sobrevivir y de resistir nuestra gastronomía. Toda ella está íntimamente ligada con los problemas modernos del colesterol, el ácido úrico etc., sin embargo llevamos ya muchas generaciones de antioqueños disfrutando esos manjares, pero sobre todo sobreviviéndolos. Y si esto ha llegado a ser material poético, no es porque la comida antioqueña tenga como característica la variedad, porque es casi siempre lo mismo con lo mismo pero cada vez más rico... Sobre ella se han hecho inmensos aportes poéticos, como aquella expresión de un poeta que hablaba de “salve segunda trinidad bendita, salve frisoles mazamorra y arepa” pero hay una infinidad más de coplas y de trovas, de relaciones poéticas elogiando la paupérrima variedad de la comida nuestra, pero por supuesto de su exquisitez. Especialmente la exaltan los cantos de arriería donde los arrieros después de unas jornadas fatigantes y tremendas, comían hasta reventar en las fondas... Esto también demuestra que somos una cultura capaz de resistir y de sobrevivir en condiciones difíciles.

Para mí otra de las cosas importantes que lamentablemente con la colonización y la urbanización se viene abajo es la Mitología de los antioqueños. Para ningún niño urbano de Medellín *La pata sola* ni *La madre monte*, y ni siquiera *El chucho* tienen el sentido de hace unos 40 o 50 años. Sin embargo nunca en toda esa concepción digamos mitológica antioqueña se han podido eliminar de un tajo ciertos valores culturales de los mitos como *El verraco de Guaca*, o *El Putas* que ni siquiera es de Aguadas sino que es una figura más cimera... y que tampoco se han podido olvidar elementos mitológicos y del orden religioso tradicional, como *La paila mocha*, que, por fortuna, esas expresiones deontológicas siguen teniendo importancia. Me parece absolutamente maravilloso por ejemplo en mis condiciones y a mi edad, saber que todavía *La paila mocha* existe, porque corre uno el riesgo de llegar a ella sin saberlo, porque no se va al cielo por el camino del dolor sino también por el camino de las rosas...

Dentro de las exageraciones antioqueñas que todas son vitales y todas forman parte también digamos de la fantasía regional, no hay sino una sola que no es mentira y es cuando los antioqueños decimos que las mujeres más bellas del mundo son las antioqueñas. Es en lo único en lo que no exageramos...

De las cosas buenas de los antioqueños es lo que tenemos en materia de arte y cultura, ese gran inventario del saber, de la ciencia y el conocimiento. Es imposible pensar a Antioquia sin recordar a un León De Greiff, a un Barba, y en los poetas modernos a un Darío Jaramillo. Es imposible hablar bien de una cultura como la nuestra sin montarle un Carrasquilla y un Efe o un Mejía Vallejo, o un Vallejo. Resulta imposible pensar en Antioquia sin recordar a todos los grandes autores de nuestra música folclórica pero también todos los aportes que hace un Blas Emilio Atehortúa; sin recordar a los Uribes, a Teresita Gómez, a todas esas familias y a todas esas grandes personas que han hecho de la música antioqueña algo fundamental de esta cultura. No me cabe duda que no podemos dejar de pensar en la cultura antioqueña sin ocuparnos de los trovadores, muchos de ellos muy lejanos para nosotros, de los repentistas, de los copleros, de Ñito Restrepo y de los modernos, de Becerra, que son parte fundamental de esta cultura y parte del pueblo, una especie digamos de recorrido juglar por la vida de la poesía, de la tradición, de la música. Los fotógrafos son una riqueza cultural inmensa...

Sin duda también lo representativo de las obras de los antioqueños son una especie de catálogo de cualidades que cuando de bien se trata –como me tocó a mí hoy en este debate– son como virtudes teologales. Lo son el ingenio, la inventiva, la espontaneidad, la franqueza, la solidaridad, la superación, la austeridad, el trabajo, el emprendimiento, lo que equivale en otras palabras a darle gracias a Dios que los antioqueños hoy por fortuna tengamos definitivamente el sentido de clan, de familia, que es un poco tribal pero que es importante.

Y finalmente otro de los elementos clásicos de este catálogo es la palabra como el elemento constituyente de lo bueno de la antioqueñidad.

NICANOR RESTREPO SANTAMARÍA. Ingeniero civil y de minas. Empresario. Su exposición fue improvisada a partir de unas notas, y *La Hoja* hizo la reconstrucción

Hágame un favor y me explica qué es un conversatorio

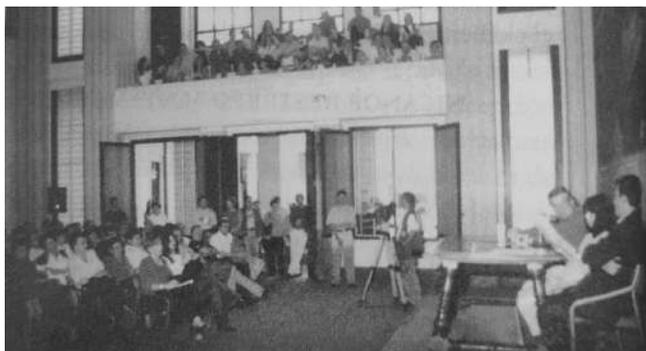
Lo Malo

Por Alonso Salazar J.

Tal vez lo primero que hay que mencionar es lo malo de hablar mal de lo paisa. Por eso no sé si agradecer esta invitación o si lamentarla. En esta conversación me ha tocado una de las peores partes. Me consuela no haber tenido que hablar de lo feo, que en todo caso toca asuntos de mayor susceptibilidad, pero me siento de todas maneras envidioso de no haber podido brillar el ego paisa –cosa que tanto nos gusta– como le ha correspondido a Don Nicanor Restrepo que en todo caso salió ganando, en esta como en otras reparticiones.

Porque hablar mal de los paisas, y aquí en Medellín, puede implicar la pérdida de la nacionalidad, o cierta condena a vivir por siempre 2.600 metros más cerca de las estrellas.

Por eso quiero advertirles que si algo malo hablaré hoy de esta próspera región, de gente siempre tan entusiasta, es por encargo de los organizadores del evento. En todo caso si lo dicho me trae consecuencias funestas estoy dispuesto a rectificar en parte o en todo. Es decir estoy pidiendo una inmunidad anticipada, como la que dan a los concursantes de la isla de Róbinson. Por ejemplo, espero que no me vayan a negar el saludo, porque en la Fiesta de *La Hoja*, donde todos parecemos políticos en campaña, no alcanza el tiempo para los quiubos y los cuánto hacía... Y sobre todo que no me vayan a negar los brindis porque si al finalizar la tarde no estoy levitando me sentiré un poco defraudado.



Estas advertencias no son gratuitas. Recuerdo que alguna vez cometí el error de hablar bien de Bogotá en una reunión de paisas. Una amiga, colega del periodismo, me miraba asombrada, mientras le describía algunas cualidades de la capital, hasta que reventó.

Que tengamos una segunda oportunidad sobre la tierra

–Y vos por qué hablás mal de Medellín –me dijo.

–Yo no he dicho nada sobre Medellín –le repliqué.

–¡Ah! pero como hablás tan bien de Bogotá.

Era la muestra de que muchos paisas piensan que reconocer las virtudes de otras regiones y gente equivale a demeritar lo propio. Nuestra identidad en buena parte está construida sobre el contraste. Equiparados, para no ir más lejos con otras regiones del país, siempre nos hemos sentido sobrados y creemos que más allá de la Pintada o de Caucasia empiezan territorios habitados por gentes que no nos llegan a los tobillos.

La profesora María Teresa Uribe dice que esa mentalidad, de lo que podríamos llamar la antioqueñidad, tiene orígenes en la situación de aislamiento que la región vivió desde tiempos de la Colonia. Pero sobre todo tiene origen en el discurso que la élite paisa elaboró para la gesta de la colonización que se emprendió en el siglo XIX y que avanzó hasta bien entrado el siglo XX.

Para empujar toda una muchedumbre a talar selvas en estas montañas de la cordillera central y oriental se convenció a la gente de que hacía parte de una raza pujante, emprendedora. La fuerza de ese discurso, que se convirtió en mítico, consistía en que cualquier persona, estuviera donde estuviera, se sentía parte de un colectivo humano, se sentía paisa.

Y para reforzar el mito se habló de los orígenes especiales de la raza. Se dijo que le habían dado el carácter dos elementos que en cualquier dosis pueden haber resultado excesivos: lo vasco y lo judío. Al asumir esta genética tan peculiar, se renunció a enunciar los otros elementos del ser antioqueño heredados de la historia.

Es la nuestra una región donde, como dice Daniel Samper, lo único que sobrevive del ancestro indígena es el nombre que tienen algunos hoteles en los pueblos.

Cuando nos nombramos como raza, optamos por borrar la diversidad y diluir en frases vacuas la presencia de lo indígena y de lo negro. Así, una minoría blanca y una mayoría variopinta se sintió de repente como una raza elegida.

Debe haber sido en aquel tiempo que aprendimos lo del *Putas de Aguadas* y que no tenemos ollas a presión, como el resto de la humanidad, sino ollas atómicas.

Por involucrar a la población mestiza en un discurso de blanqueamiento, que es nada más ni nada menos que una renuncia a los orígenes, nos

perdimos de la capacidad de disfrute del cuerpo de la cultura negra, y de las dimensiones cósmicas y de la capacidad de convivencia con la naturaleza de los indígenas, de los que sólo retomamos, sin reconocérselos, la tradición del maíz y ese caviar regional que algunos aún llaman frisoles.

Pero esa aversión al otro interior, se complementó con la cerrazón al otro del mundo exterior. Medellín tuvo una pequeña ola migratoria sobre todo a finales del siglo XIX, que fue fundamental en la modernización de la economía.

Aparte de aprovechar su técnica y las ventajas para la acumulación, los paisas no se dejaron influenciar por esos otros orígenes culturales. Al contrario, es sorprendente cómo los inmigrantes debieron renunciar a su cultura para convertirse al credo paisa. Un credo que consiste básicamente en autorregodearse con el ser paisa. Tenemos una ciudad de judíos, cada vez menos, sin sinagogas y una ciudad de negros sin candombé.

Podría considerarse relativamente normal esa alergia frente a culturas remotas. Pero resulta que también tenemos aversión a las culturas regionales del país. Hace poco el escritor Roberto Rubiano, me habló a su paso por Medellín cuando vino como cuadro de una organización de izquierda. Comentó desde luego maravillas de Medellín: todos los que pisan esta ciudad sienten energía y afabilidad. Pero Rubiano tuvo un lamento: “En Medellín el que llega de visita es bienvenido, pero al que se queda se le mira con sospecha”. Después de dos años de vivir aquí, hasta sus propios camaradas lo seguían considerando un “rolo hijueputa”. Ni siquiera el dogma común que los unía frente al camarada Mao lograba relativizar la aversión de los militantes paisas frente a los bogotanos.

Y es que una virtud de nuestro regionalismo es que no tiene matices de izquierda o derecha, de clase social, de nivel intelectual... Todos: taxistas y conductores de Mercedes Benz, mendigos y potentados, guerrillos y paramilitares, todos al unísono, dicen: “Ah es que como Medellín no hay nada”.

Es más fácil convencer a un católico de que la virgen María no es virgen que a un antioqueño de que no es superior en todo.

El período de la colonización, en que ese mito fue funcional a un proyecto social, se acabó. Pero nos ha quedado una arrogancia aburridora. Los políticos recurren con frecuencia a ese ego colectivo, a esa soberbia regional, para manipularnos y tapar sus propias ineptitudes.

Quizá un buen ejemplo es la educación. En los balances no nos ha ido para

nada bien. Escasamente superamos a departamentos como el Chocó. Por eso los mandatarios han dicho al ver los resultados que las pruebas nacionales Icfes no son aptas para medir a los paisas. Ese déficit de calidad lo completamos con unos índices de desescolarización que no se compadecen con la imagen de región próspera que tenemos.

La obnubilación no sólo nos da para elegir malos mandatarios sino además para que, a pesar de sus inciertas gestiones, los elijamos como los mejores alcaldes y gobernadores del país. Así, han resultado en la última década elegidos como excelentes gobernantes, un alcalde que pasó todo su mandato en interinidad jurídica, otro que se ha convertido en instrumento útil de una familia de la política tradicional a la que le ha regalado o vendido el prestigio de sus apellidos... Un gobernador que hizo devolver el departamento a épocas de clientelismo infernal, a quien se le cuestionó por un saqueo atroz de las arcas públicas, y que cerró su administración con broche de oro cantando en directo en un programa de Teleantioquia con evidente ebriedad temas tan añorados de nuestra carrilera como el goterero.

Faltará poco para que elijamos al actual alcalde como el mandatario más amoroso del mundo, por las frases que ha dispuesto para conmover nuestros corazones. Con seguridad hay más poesía en la ciudad de la que el alcalde sospecha... Podría recurrir a las rosas testigos de León de Greiff, o a los versos huracanados de Barba Jacob.

El tipo de poesía que propaga la administración podría expiarse si, en todo caso, se sintieran políticas para, por ejemplo, disminuir los más de tres mil homicidios que tenemos cada año en la ciudad.

¿Qué ha hecho para modernizar la policía y convertirla en un instrumento útil para la convivencia democrática?

En ese caso de la política debo subrayar ya no un mal sino una fatalidad de nuestro departamento. Desde que la élite económica se desligó de su participación directa en la política, han sido relevados por una generación que aquí, como en el resto del país, ha convertido el acceso al poder en medio de emergencia social y de enriquecimiento.

Lo preocupante del asunto es que estas élites, predicadoras de la moral y la renovación, le contribuyen a estos carteles de la política para su permanencia en el poder. ¿Con qué intereses? No lo sé. Pero en las elecciones sale a relucir el brazo clientelista de los sectores empresariales que juegan a que su poder económico –así se escuchó en la última campaña– pone, por encima

Tengo una gripa de esas que está dando ahora

del que sea, el alcalde que decidan.

El amor al cemento: una cultura arrasadora

Alguna vez en Roma en compañía de un paisano, después de ver muchas ruinas dijo categórico: “pero esto sí guardan aquí mucha pendejada”. En realidad estábamos recorriendo en ese momento algo que parecía un lote baldío, donde sobrevivían algunas columnas y abundaban los tiestos. Pero esos deshechos de la historia eran nada más y nada menos que el Foro Romano. Estoy seguro de que si mi amigo paisa fuera urbanizador en Roma hubiera propuesto construir allí el Mall Forum.

Ha predominado entre nosotros una concepción de ciudad y de urbanismo que tiene fobia al patrimonio histórico, a los senderos peatonales, a los sitios de quedarse y a los bulevares. Basta recordar el episodio de la 76 y la terquedad de un alcalde con una obra que, a simple vista, era absurda, y que sobre todo contravenía todos los principios de la concertación ciudadana que rigen nuestra constitución.

Ahora no voy a hablar mal de Medellín sino bien de Bogotá: varias revoluciones ha hecho esa ciudad en la última década que esta ciudad debiera mirar con admiración:

1. Una transformación substancial en hábitos y costumbres en el marco de los programas de cultura ciudadana.
2. Una recuperación del espacio público, uno de los elementos más democráticos que una ciudad puede brindar a sus habitantes.
3. La construcción de infraestructuras dignas en zonas pobres.
4. Una renovación de la administración donde expresiones como el “aquí roban pero hacen”, van perdiendo sentido.

Creo que habría que aprender mucho de lo que se ha hecho. Eso sería una muestra de inteligencia desligada de un absurdo chauvinismo.

Lo malo de Medellín y Antioquia es que están al garete, sin líderes contundentes que nos ayuden a desatrancarnos y tomar un nuevo y útil papel en el concierto nacional.

Permítanme decir para ir terminando que en todo caso no hay nada como Medellín.

ALONSO SALAZAR J. Periodista. Escritor. Autor, entre otros libros, de *No nacimos pa' semilla* y *La parábola de Pablo*

Lo Feo

Por Clarita Gómez de Melo

Aunque muchos lo sepan y otros lo puedan adivinar, tengo que comenzar diciendo que soy paisa. Claro que vivo en Bogotá, ¡pero es que nadie es perfecto...! Soy psicoanalista y ese era antes un trabajo muy difícil en Medellín, pues aquí gustaba mucho más la confesión, sobre todo porque es gratis, y enciman el cielo. Y aquí corren para donde haya rebajas y den ñapas. Las señoras antioqueñas nunca se sienten tan realizadas como en una “realización” y le piden rebaja a un termómetro.

Tengo que hablar, porque eso me pidieron, de lo feo del paisa. Quizás esto habría quedado mucho mejor en boca de Tola y Maruja, que no son (ellos dos) muy típicos. Porque si hay algo que sea casi siempre feo es el humor paisa, y los humoristas de emisoras y de televisión han sido casi siempre de esconder, una vergüenza. Y Tola y Maruja, como Carlos Mario Aguirre, son tan buenos, tan agudos, tan ingeniosos, que no parecen paisas, aunque se apoyen en todo lo de aquí.

Ya que me fui por este camino, sigamos con el humor. Los antioqueños nos reímos fácilmente, y tal vez por eso ha sido poco el esfuerzo hecho en este campo. Los chistes antioqueños se distinguen sobre todo porque son burdos, simples, sin ingenio. Como en todo, hay excepciones, pero la mayoría de los chistes buscan la risa con la simple vulgaridad, la palabra fea, la ordinariez. Esto es cuento viejo: algunos de los chistes más viejos de la región son los de Cosiaca. Son los chistes con los que se ríen los niños de ocho o nueve años en todo el mundo, pero que los antioqueños nos quedamos aficionados a ellos para toda la vida.

Fuera del chiste burdo, el humor antioqueño se distingue por cierta vitalidad de las locuciones, frases hechas y refranes. No se espera de un paisa que haga un buen chiste en la conversación, que sea realmente ingenioso. En los estereotipos regionales y nacionales, el ingenio es obligatorio en la conversación inglesa y en la bogotana, aunque hay que decir que es una



obligación que ya no se obedece mucho, al menos en la capital. Lo que se espera del paisa es más bien que pueda repetir con cierta oportunidad los chistes y refranes que ha oído y sobre todo las exageraciones. El paisa chistoso es el que repite y se sabe muchos de estos dichos. Los refranes pertenecen a una tradición popular antigua: fueron traídos de España en su mayoría, a veces adaptados localmente, y algunos, es posible que hayan surgido aquí pero son muy poquitos. El único refrán que es con seguridad invento local es “antioqueño no se vara...”. Lo que sí se están inventando siempre son exageraciones y comparaciones. Algunas son más o menos viejas e ingeniosas y se han vuelto lugares comunes: “más fácil hacerle un nudo a un banano”, “trabaja más un gorgojo en una lápida”, “más amarrado que casa de bahareque”. Ellas no son frecuentes en autores como Tomás Carrasquilla o Efe Gómez, lo que hace pensar que se pusieron de moda a mediados del siglo XX. Pero parece haber un empeño casi industrial de inventar más y más exageraciones y comparaciones, que producen cosas cada vez más simples, puras aplicaciones de una fórmula, que además se practica en toda América Latina: los argentinos, que tratan injustamente de quitarle a Antioquia la gloria de ser la tierra del tango, también compiten produciendo exageraciones por encargo. Cito algunas del *Testamento del Paisa*, que son pura reiteración: “más peinado que Mandrake”, “tiene más dientes una tajada de papaya”, “tiene más dientes un pajarito”.

En todo caso, así no sea tan exclusiva como creemos, la exageración parece responder bien a los gustos de muchos antioqueños.

Uno de los rasgos más feos del rostro de los paisas es el racismo. Un racismo suave y un poco vergonzante, pero ahí está. Las abuelas y las mamás, si su hija es más o menos blanquita, siempre preguntan por el color del novio. Los refranes son claros: “negro con saco, se pierde el negro y se pierde el saco”, “negro que no la hace a la entrada la hace a la salida”. En Carrasquilla están estos refranes, lo que muestra que son bien viejos: “los negros a la cocina y los blancos a las tarimas”, “negro no la hace limpia...”.

La copla popular, que en general reitera el desprecio por los negros, alcanza por excepción a musitar alguna respuesta: “Si vieres comer a un blanco/ de algún negro en compañía/ o el blanco le debe al negro/ o es del negro la comida”. Aunque aquí había muchos negros y pocos indios, lo que hizo que los insultos, a diferencia de Bogotá, sean con negro y no con indio. Los indios no se escaparon de los proverbios racistas paisas, y al menos dos o tres de ellos han sido comunes aquí, aunque hayan perdido su connotación

peyorativa: “indio comido, indio ido”, “que porque el indio es pobre la maleta es de hojas”.

Este racismo es el más elaborado de Colombia. Aquí se habla, desde hace mucho tiempo, me imagino que desde Gutiérrez González por lo menos, de la “raza antioqueña”. Nadie habla de la raza bogotana o la raza caleña o la raza santandereana o la raza colombiana, pues eso no existe, como no existe raza antioqueña. Sabemos que somos hijos del mestizaje, en diversas dosis, y que son tan antioqueños los monos de Marinilla como los negros de Remedios o Belmira (con su color azulado y sus ruanas, pues son negros de tierra fría) o los mestizos más o menos aindiados de Frontino o Urrao. Pero el mito de la raza antioqueña pretende que el valor de lo antioqueño, sus cualidades, su antioqueñidad, provienen de que somos todos como los ricos de Rionegro o Medellín, que eran un poco más blancos que los demás, y que vienen de la sangre. No estamos muy seguros de qué sangre, pues unos dicen que somos vascos, otros que somos judíos y los historiadores a los que pregunto me sostienen que el mestizaje antioqueño no es muy distinto del de muchas partes de Colombia o de la América española, que mezclaron andaluces y castellanos primero y luego se llenaron de vascos, a fines de la colonia. Aquí hay quienes se imaginan que los vascos escogieron a Antioquia sobre el resto de América, pero no es sino ver los directorios telefónicos de Santiago de Chile o de Méjico para ver que tienen tantos vascos como nosotros, o hasta más.

A la idea de raza le han inventado, desde hace unos años, el cuento de la “antioqueñidad”, que es un esfuerzo de crear un estereotipo de las costumbres locales. Y la antioqueñidad es una aplanadora, una avalancha de lugares comunes que van convirtiendo al paisa en una caricatura. Esa antioqueñidad, que es parte de lo feo de Antioquia, está hecha de lo pintoresco, de un folclor más o menos convencional, de la exaltación del carriel de la música más pobre de la tradición popular, de la comida típica, del aguardiente (para mejorar las rentas de la Fábrica de Licores, que ayudan a los políticos que promueven la antioqueñidad).

La antioqueñidad trata de convencernos de que somos muy especiales, muy originales en costumbres y hábitos, que como en toda sociedad, son generalmente importados o comunes a muchos otros. Para dar unos ejemplos, el carriel, que acabo de mencionar, fue probablemente una bolsita de los mineros ingleses (*carry all*). La bandeja paisa o plato montañero, que

se llama así hace poco (en el *Testamento del Paisa*, que es de 1961, lo llaman dizque “almuerzo de maromero”), la encuentro descrita así: el plato nacional está compuesto por arroz, carne desmechada y caraota. Se llama pabellón y si se le pone un plátano maduro frito al lado se llama “pabellón con baranda”. Pero los venezolanos no pueden estar tan tranquilos con su comida nacional, pues leo de un plato compuesto de carne o pollo en salsa, acompañado de arroz, fríjoles, plátano maduro, ensalada, que se acompaña en ocasiones con un huevo o con aguacate, según la época de mayor abundancia de este último producto: ese es el plato nacional de Costa Rica, que se llama “casado”. El “oloroso tamal” de Juan José Botero es plato nacional en Venezuela, Méjico y Costa Rica, que yo sepa, y *El Nuevo Herald* de Miami dice que los venezolanos, inventores de la arepa, están muy preocupados por la competencia que les está haciendo en Miami la *Quaker Oats*.

Esta antioqueñidad tiene muy poco que ver con la cultura antioqueña real. Los escritores les gustan muertos y canonizados pero no leídos. Como Carrasquilla, Efe Gómez o León de Greiff fueron tan críticos de esa Antioquia de carnaval, los ponen en los altares pero no los leen. Y no les mencionemos a Fernando Vallejo... Mientras más antioqueñidad se promueve, menos se apoyan actividades culturales reales, como las de la Biblioteca Pública Piloto o los museos. A los conciertos que antes traía la Sociedad de Amigos del Arte los paisas prefieren hoy “El camino de la vida”, que los hace llorar a moco tendido.

Porque lo que se está exaltando es una cosa muy rara. Antes de los narcos, aquí había una cultura más o menos austera, en la que la ostentación y el derroche eran mal vistos, que trataba de mirar al mundo exterior, de aprender de los demás. Los narcos nos enseñaron las virtudes del derroche, de la parranda escandalosa, de la ostentación de generosidad para invitar a beber. Hoy ya ellos no son tan importantes, pero nos dejaron una herencia fuerte: lo que importa hoy en Antioquia es la rumba y para las autoridades es más importante la fiesta y la feria que parar la violencia o mejorar la educación. Aquí hay una bomba y mueren muchos, y la televisión se llena de invitaciones a venir a tomar más aguardiente a mitad de precio el día siguiente: ya ni siquiera le hacemos el duelo a los muertos (ella alude a lo que efectivamente pasó después de la bomba que explotó en el Parque Lleras de Medellín).

Y por otra parte, cada vez me parece que la tentación de los paisas es mirarse el ombligo. En esto, creo, hay un problema de inseguridad. Toda ciudad, toda región, todo país, tiene cosas buenas y malas. Hay rasgos antioqueños, desde el siglo XIX, que pueden ser feos. La gana de plata era para muchos excesiva, aunque para otros era una forma de la virtud del trabajo y del deseo de progresar, fuera de algo democrático: una sociedad sin aristocracia donde la plata igualaba.

Un viajero francés, Saffray, escribió hace casi 150 años: “El dinero es lo único que da a cada cual su valor. El muletero enriquecido llega a ser don Fulano de Tal; y si pierde su fortuna no ha de imponerse privaciones para conservar su rango adquirido por casualidad; vuelve a vestir su antiguo traje... El único término de comparación es el dinero: un hombre se enriquece por la usura, los fraudes comerciales, la fabricación de moneda falsa u otros medios por el estilo, y se dice de él ¡es muy ingenioso!”.

Hace diez años en todas partes decían que un refrán local era ese de “Haga plata mijo. Si puede, honradamente. Pero si no, haga plata, mijo...”. Yo nunca lo había oído y puede que se haya inventado hace poco, pero no dudo que hacer plata sí era una obsesión local, y que muchas cosas buenas se sacrificaron por la plata. Medellín, que tiene pedazos tan bonitos, pero tanta zona feísima, es una ciudad pobre en espacios públicos, con muy pocos parques: el gran parque que podía haberse hecho a los dos lados del río terminó pavimentado y los cerros se seguirán llenando de gente. Aquí todo se tumbó para hacer lo nuevo encima: no nos quedó ciudad colonial, no nos quedó ciudad del siglo XIX. Lo más viejo es ya Prado, que no creo que aguante mucho. Tumbaron el Teatro Municipal, el Junín. Los antioqueños somos los únicos que pavimentamos el río que cruzaba la ciudad vieja, la quebrada Santa Elena, pero seguimos llamando al cemento “La Playa”. Un francés que tenía unas amigas que vivían en la Playa con el Palo vino una vez a visitarlas, y trajo su vestido de baño... Y por la plata (no sé si para hacerla o robarla) se hizo el adefesio del Metro por el Parque de Berrío, que convirtió a la Gobernación en un orinal y a La Candelaria en una iglesita de pesebre, pues el altar es la estación. Ni en los Estados Unidos, adoradores del becerro de oro, son capaces de poner una estación de metro frente al Capitolio... Aquí se adora también el becerro de oro, y además lo ordeñan pa' vender la leche.

Una de las cosas más feas de hace años fue el “hacha que mis mayores...”,

No hay mal que también no venga

la cual, según Efe Gómez, era lo más destructivo: “El hacha del antioqueño y el caballo de Atila serán en adelante en la historia los símbolos definitivos de la desolación; con la sola diferencia de que Atila assolaba para saquear y los antioqueños para sembrar maíz. Y saquear ha continuado siendo un magnífico negocio, en tanto que sembrar maíz no ha dado nunca para los gastos”. Ahora se habla más de medio ambiente, pero cada que uno recorre las carreteras que pasaban hace veinte años por entre selvas ve que la cosa sigue progresando, aunque ya no es el hacha la que trabaja sino la sierra eléctrica, que además sirve para otras cosas (ella alude a la motosierra usada por los paramilitares en sus masacres).

Arriba mencioné que hay un problema de inseguridad. Lo veo en que, frente a las cosas feas, la reacción antioqueña es asumirlas como si fueran una maravilla. Le cantamos al hacha con entusiasmo, cada que entonamos, con una emoción que yo comparto, el himno antioqueño. Creemos que Medellín, después de ese machetazo de la Avenida Oriental, después del metro por el centro, es la ciudad más hermosa del planeta. Antes creíamos que tenía la catedral más grande del mundo “de ladrillo cocido”. Tenemos que exagerar para sentirnos tranquilos. Nos sentimos muy chiquititos si no repetimos una y otra vez que somos los mejores, los más bonitos, los más verracos, los más ingeniosos del mundo, los más madrugadores, los más trabajadores, los del ritmo paisa –que sólo sirve para levantarse temprano, porque para bailar no es muy presentable: los antioqueños hemos sido, aunque cada vez menos, muy reprimidos a nivel pélvico–.

No es si no ver alguna de las páginas de presentación de Medellín en Internet, o los folletos turísticos, para ver la capacidad que tenemos de decirnos mentiras para autoelogiarnos. Aquí las cosas ya no son muy buenas o bonitas, sino “demasiado buenas” o “demasiado bonitas”: en la gobernación hay un ascensor, el que lleva a la oficina del gobernador, que tiene un letrero que le advierte a uno: “Este ascensor es demasiado seguro”. Y la exageración tiene por allá cierto dejo trágico: la forma mayor de exagerar es decir que algo es horrible: “horrible de bueno”. Aquí si quieren elogiar al doctor Nicanor Restrepo, seguro que dicen que “tiene una cultura general horrible”. Pero he oído decir que aquí tienen hasta un edificio que es “horrible de inteligente”.

No quiero ejercer de psicoanalista, pero una cosa que lo golpea a uno mucho en Antioquia es la dificultad de los hombres para bajarse de la falda

de la mamá. Aunque me imagino que en eso hay mucho de mito y de exageración de periodistas, algo había en el cuento de que muchos de los asesinatos de los adolescentes eran para llevarle la nevera a la cucha... Que pa' que querían nevera: ¡qué más nevera que esos maridos que nunca llegaban! En Medellín a ningún hombre le saben nunca tan bueno los frisoles o la arepa de la señora como los de la mamá. Como las mamás judías, cuando una de aquí regala dos corbatas y el muchacho se pone una, le pregunta si fue que la otra no le gustó: son expertas en crearle culpa a sus crías, que siguen pegadas a la teta. Claro que otro cambio que de pronto lo debemos a ese cataclismo cultural que pasó aquí con la plata de la droga, es que ya no nos gusta la belleza natural de las mujeres, sino la de la silicona. Y quién sabe cómo será el Edipo de estos muchachos de ahora, a los que la leche les debe saber a plástico. Porque lo que es claro es que Medellín se está volviendo la capital del mundo de la silicona. Y eso a mí no me parece bonito.

El poder de la mamá puede tener alguna relación con la fuerza que tuvo la iglesia, y que fue bastante maluca: en Antioquia estaba prohibido bailar, ponerse *sweater*, leer El Espectador y El Tiempo, ser liberal, separarse. A quienes se salían un poco de las reglas de Monseñor Salazar y Herrera, Monseñor Caycedo o Monseñor Builes, lo “pulpitiaban”, y si una mujer se separaba y trataba de seguir su vida la declaraban “mujer infame”. Esto debe haber dejado sus marcas. Y fue tanta la represión que el desquite fue completo: la sexualidad se soltó del todo, y en algún momento el demonio, que antes se quedaba en Puerto Berrío, se apoderó de los paisas. La gente dejó de hacer caso a la religión y a algunos de los mandamientos, y las acciones de la Iglesia se desvalorizaron. Fue tanta la crisis, o el influjo de Satanás, o el peso de esa tradición tan propia del gusto por la plata, que la Arquidiócesis tuvo que convertir el Seminario en un centro comercial.

De manera que a los paisas los cuidaban la iglesia, la mamá y *El Colombiano*, que hace años salía lleno de fotos de curas y de mamás. De esta santísima trinidad tal vez lo que sigue más sólido es *El Colombiano*, porque lo que es a la iglesia y a las mamás ya hay muchos que no le comen cuento.

Tampoco me parecen bonitos algunos de los hábitos más bobos de los antioqueños: a veces me asusta ese acento voluntariamente exagerado, esa gana de mostrar que somos ordinarios, y en algunos jóvenes, ese cantadito de mamá que tienen. Y los nombres compuestos que les gustan a los papás paisas:

Aquí los honrados no son poquitos. Es que tienen bajo perfil

que dizque Clara Victoria y Jorge Orlando. Y eso que no nos tocó la hora de la verdadera antioqueñidad, la de los John, los William, los Morgan Echavarría y los Orson Vélez.

Quizá lo más feo del paisa es que queremos ser una tribu. En cualquier ciudad, en cualquier región, hay gente de todas clases. Hay gente buena y hay pícaros; hay gente simpática y antipática; hay personas generosas y amarradas. Pero aquí exigimos que nos juzguen en bloque, que hablen de “los paisas” o de “los antioqueños”. Y por supuesto, reivindicamos como antioqueño sólo la parte buena de la tribu: son antioqueños los deportistas que ganan, los políticos que triunfan, los empresarios exitosos, pero no parecen antioqueños los desempleados, ni los pobres, ni los empleados corruptos, ni los delincuentes, ni las putas que tanto les gustan a muchos antioqueños. Y después de enumerar el lado bueno, tratamos de inflar pecho con lo que algunos pocos paisas hacen. Tratamos de vivir de la gloria de Fernando Botero o sentimos que Juanes debe sus éxitos a algo que también hice yo. Y lo que nos emociona es que les paren bolas en Miami o Nueva York, que se volvieron nuestra piedra de toque. En realidad, hay sólo dos paisas que aparecen con frecuencia en los periódicos de París o Nueva York: Fernando Botero y Fernando Vallejo. A los que nos dan la oportunidad de lucirnos los perdonamos que se hayan ido, aunque con esfuerzo. A Botero, que además dio ejemplo de generosidad a un pueblo más bien amarrado, ya lo perdonamos; a Vallejo, como no hace sino hablar de lo malo y de lo feo de Medellín, nos va a costar más trabajo... Tal vez si se ganara el premio Nobel...

Estos triunfos y orgullos vicarios tienen un problema: la misma tribu, o raza como creen algunos, también ha hecho aportes tan importantes a la vida nacional y a la cultura mundial como Pablo Escobar, Carlos Castaño o Pedro Antonio Marín, un paisa que se cambió el nombre por el de otro paisa, el concejal de Medellín Manuel Marulanda Vélez. Somos muy ingeniosos e inventamos, antes de los talibanes, volar un avión lleno de pasajeros inocentes, hemos llevado las masacres a un nivel de desarrollo incomparable, con mucho espíritu de industria y organización. Según esas páginas llenas de dulce melosería y de virtudes infinitas que describen a los paisas en Internet, los antioqueños reciben con los brazos abiertos a todos los extranjeros. ¡Claro!..., pero que cuiden la billetera, porque en esto somos como toda la gente del Tercer Mundo, sólo que un poco más eficientes para el chalequeo. Somos muy trabajadores, pero como lo ha escrito Fernando Vallejo la más

trabajadora ha sido, y en esto sí nos destacamos en el mundo, la muerte: los antioqueños hemos mandado para el otro lado a casi 100.000 personas en veinte años, más gente que los muertos de la guerra de los Balcanes. ¡Esa sí es gracia!

El auge del narcotráfico, que para ser tan grande tuvo que usar muchas de las virtudes de los paisas; la inmensa violencia que nos ha convertido en la tribu que más homicidios ha hecho en su propia gente en este siglo (en África o los Balcanes los muertos son casi siempre de otra tribu) nos han avergonzado callada e íntimamente, y por eso ahora nos la pasamos hablando de cómo somos de buenos, de inteligentes, de recursivos y de pacíficos. “Chicaniando”, pero siempre mostrando sólo la mitad de la moneda. Nos volvimos mentirosos, para engañar a todo el que viene a Medellín, pero nos acabamos creyendo la mentira. Y por eso, no somos capaces de arreglar muchos de los problemas que tenemos. ¿Cómo mejorar la educación, si estamos convencidos de que aquí es una maravilla? ¿Cómo resolver el problema de la violencia, si creemos que ese es un problema igual en todas partes y que Medellín tiene problemas, pero es lo mismo que en Nueva York o Bogotá, donde también lo matan a uno? Pero no queremos ver que en Medellín mueren tres mil personas al año, cuando en Bogotá, que tiene tres veces más habitantes, ya han logrado bajar la violencia a menos de dos mil por año. Pero para eso hay que reconocer que hay un problema. ¿Cómo desarrollar una buena política cultural, si creemos que Medellín es la capital cultural de América, cuando lo que tiene de verdad para mostrar es este Museo (de Antioquia, donde habla), que habría podido ser muchísimo más importante, habría podido estar a la altura de los dos o tres mejores de América Latina, si nuestros alcaldes y gobernadores hubieran pensado que valía la pena meterse la mano al dril para sacarlo del abandono en que lo tuvieron hasta que Botero anunció que la parte más importante de su colección la iba a regalar a Bogotá?

Pero es que cuando uno empieza, lleno de inseguridad, a juzgarse en todos los momentos, a ver cómo nos atisban, a vivir de cuenta de cómo nos valoran los extranjeros, y en especial los gringos, va perdiendo autenticidad, la vieja autenticidad que estaba en las virtudes locales y de la que habló Cayetano Betancur, y acaba movido sólo por la envidia, irritado por las críticas, pensando que todo el que se va se vuelve un traidor, que si un paisa critica algo es por razones personales, porque le pasó algo...

Claro que yo también estoy mirando sólo la mitad del problema. Pero fue

que me pidieron hablar de lo feo, inevitablemente ligado a lo malo: ya Platón identificaba lo feo con lo malo. Habría podido hablar de lo bueno, porque hay muchas cosas buenas entre mis coterráneos, pero esa suerte la tuvo Nicanor. Pero lo más malo de todo es que no hemos aprendido a entendernos en toda nuestra realidad, que queremos engañarnos viendo sólo la mitad de lo que somos y negando el resto. Ese es el espíritu de la llamada antioqueñidad: mentirnos sobre nosotros mismos, reconocer sólo lo bueno, y llenarnos de una mitología pintoresca y complaciente. Tenemos que demostrar que somos grandes.

CLARITA GÓMEZ DE MELO. Psicoanalista. Murió en 2003, unos meses después de haber participado en el debate de “Lo bueno, lo malo y lo feo” hecho en el Museo de Antioquia en la fiesta de Diez Años de *La Hoja* de Medellín el primero de diciembre de 2002.

Hija del escritor Efe Gómez fue escritora y columnista de *El Tiempo*.
Septiembre de 1993